

TEMPLO HERMANA TERESA



"El Rumbo"

29/11/2025

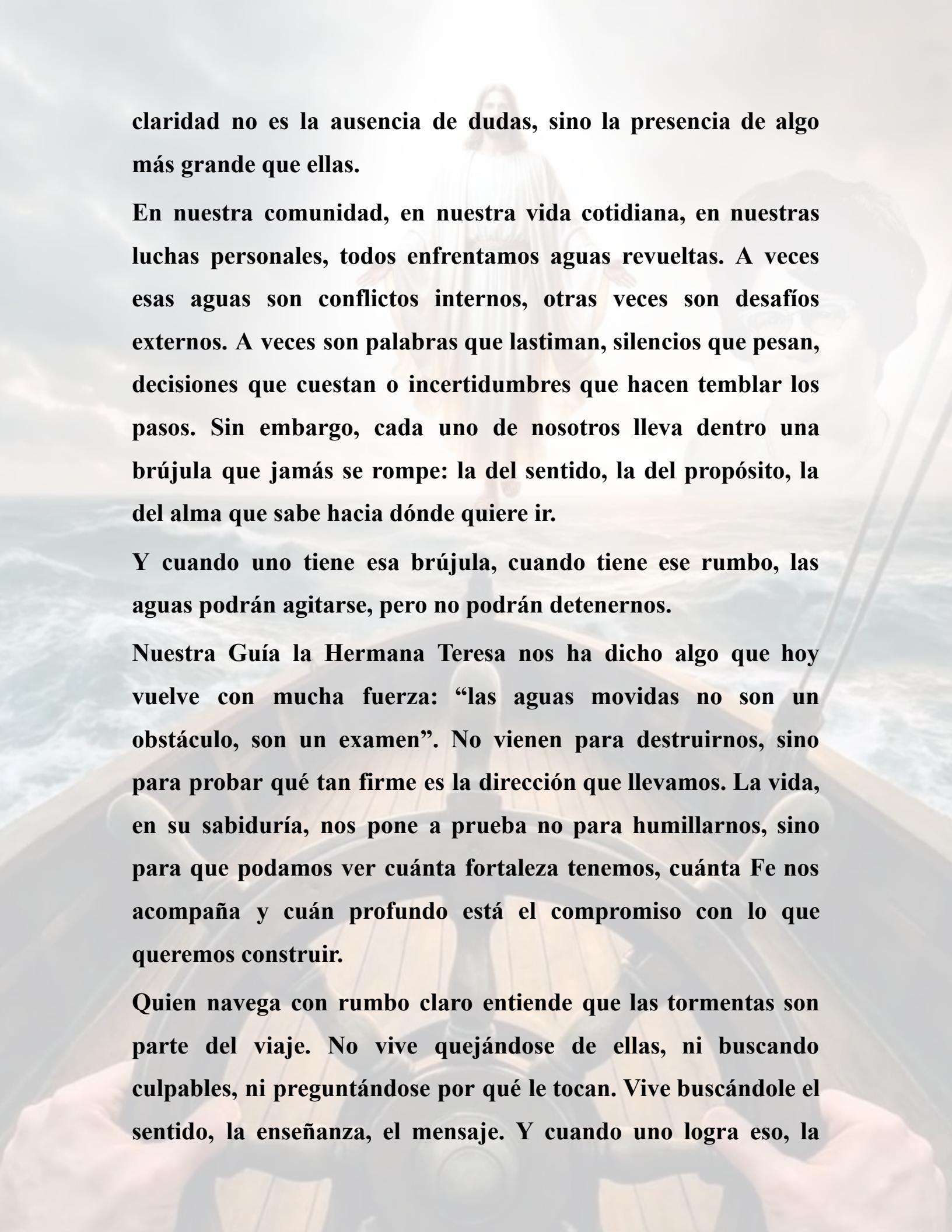
“El Rumbo”

Queridos hermanos y hermanas.

Hay momentos en la vida en los que todo parece volverse incierto. Momentos en los que el cielo se oscurece antes de tiempo, en los que el viento sopla más fuerte de lo habitual, y en los que las aguas —esas que antes parecían tranquilas, calmas, casi transparentes— comienzan a agitarse sin previo aviso. Es en esos instantes cuando el ser humano tiende a dudar, a mirar hacia los costados, a preguntarse si realmente podrá atravesar la tormenta que tiene enfrente. Sin embargo, en esa misma incertidumbre se esconde una verdad profunda: las aguas revueltas no detienen a los que tienen un rumbo claro.

Porque el que tiene rumbo no navega por impulso, navega por convicción. No avanza porque el día esté soleado, avanza porque su propósito es más fuerte que cualquier oleaje. No se guía por la apariencia de la superficie, sino por la dirección interna que lo sostiene, lo equilibra y lo impulsa aun cuando todo lo demás parece derrumbarse. Ese rumbo claro no es un mapa dibujado por otros. Es un mapa que cada uno escribe con decisiones, con esfuerzos, con sacrificios, con silencios, con valores, con actitudes y con Fe.

Y acá aparece algo fundamental: quien tiene rumbo no necesariamente tiene todas las respuestas, pero sí tiene claridad en lo que busca y en lo que no está dispuesto a perder. Porque la



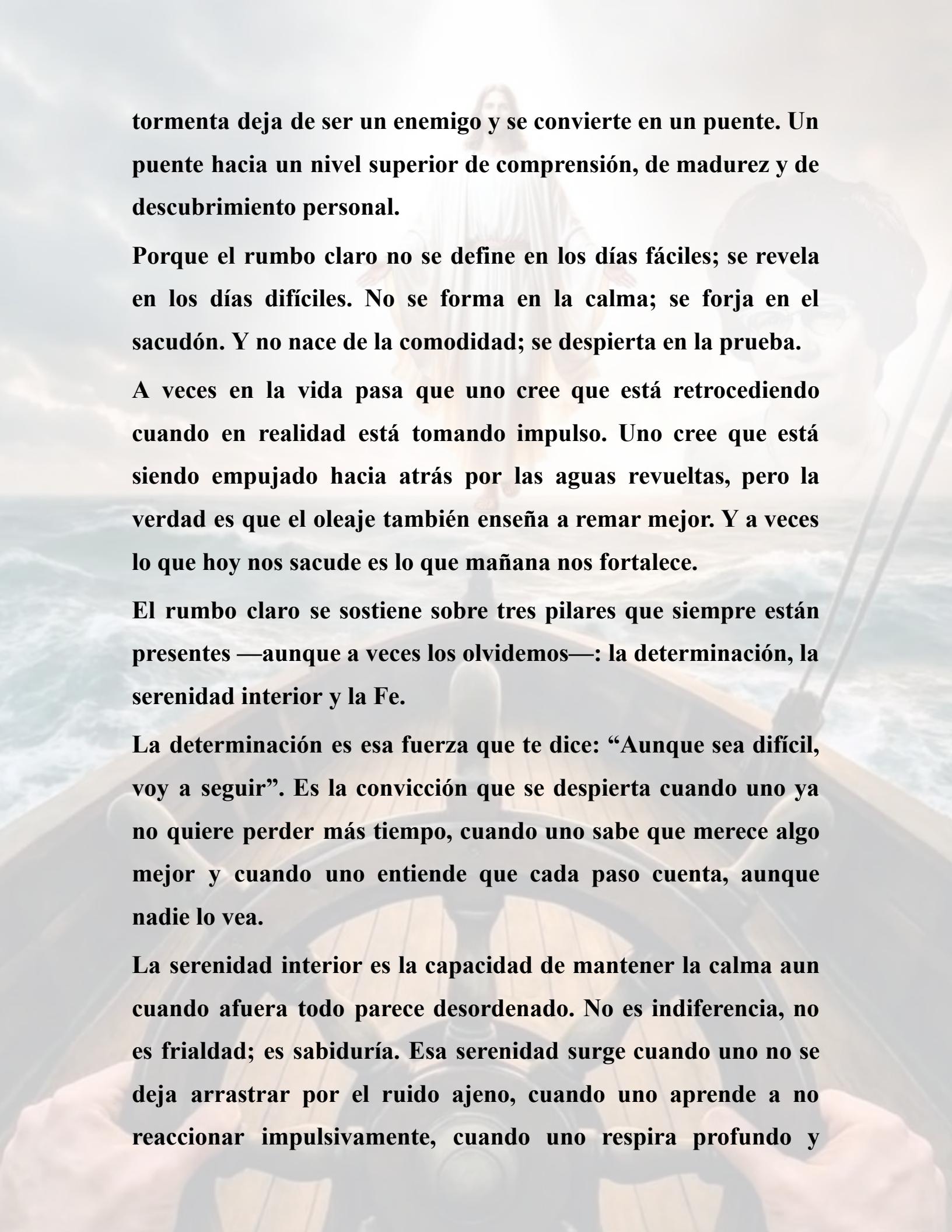
claridad no es la ausencia de dudas, sino la presencia de algo más grande que ellas.

En nuestra comunidad, en nuestra vida cotidiana, en nuestras luchas personales, todos enfrentamos aguas revueltas. A veces esas aguas son conflictos internos, otras veces son desafíos externos. A veces son palabras que lastiman, silencios que pesan, decisiones que cuestan o incertidumbres que hacen temblar los pasos. Sin embargo, cada uno de nosotros lleva dentro una brújula que jamás se rompe: la del sentido, la del propósito, la del alma que sabe hacia dónde quiere ir.

Y cuando uno tiene esa brújula, cuando tiene ese rumbo, las aguas podrán agitarse, pero no podrán detenernos.

Nuestra Guía la Hermana Teresa nos ha dicho algo que hoy vuelve con mucha fuerza: “las aguas movidas no son un obstáculo, son un examen”. No vienen para destruirnos, sino para probar qué tan firme es la dirección que llevamos. La vida, en su sabiduría, nos pone a prueba no para humillarnos, sino para que podamos ver cuánta fortaleza tenemos, cuánta Fe nos acompaña y cuán profundo está el compromiso con lo que queremos construir.

Quien navega con rumbo claro entiende que las tormentas son parte del viaje. No vive quejándose de ellas, ni buscando culpables, ni preguntándose por qué le tocan. Vive buscándole el sentido, la enseñanza, el mensaje. Y cuando uno logra eso, la



tormenta deja de ser un enemigo y se convierte en un puente. Un puente hacia un nivel superior de comprensión, de madurez y de descubrimiento personal.

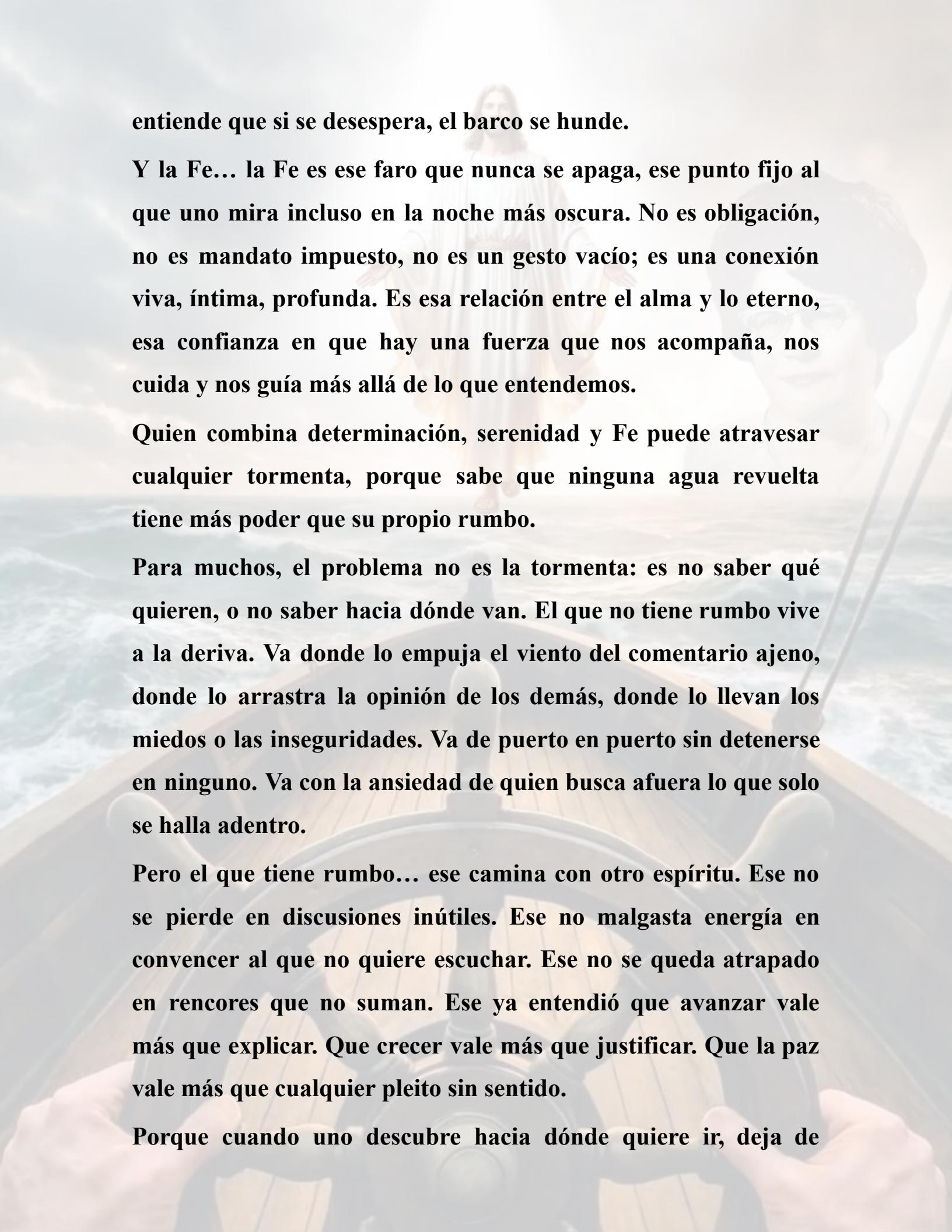
Porque el rumbo claro no se define en los días fáciles; se revela en los días difíciles. No se forma en la calma; se forja en el sacudón. Y no nace de la comodidad; se despierta en la prueba.

A veces en la vida pasa que uno cree que está retrocediendo cuando en realidad está tomando impulso. Uno cree que está siendo empujado hacia atrás por las aguas revueltas, pero la verdad es que el oleaje también enseña a remar mejor. Y a veces lo que hoy nos sacude es lo que mañana nos fortalece.

El rumbo claro se sostiene sobre tres pilares que siempre están presentes —aunque a veces los olvidemos—: la determinación, la serenidad interior y la Fe.

La determinación es esa fuerza que te dice: “Aunque sea difícil, voy a seguir”. Es la convicción que se despierta cuando uno ya no quiere perder más tiempo, cuando uno sabe que merece algo mejor y cuando uno entiende que cada paso cuenta, aunque nadie lo vea.

La serenidad interior es la capacidad de mantener la calma aun cuando afuera todo parece desordenado. No es indiferencia, no es frialdad; es sabiduría. Esa serenidad surge cuando uno no se deja arrastrar por el ruido ajeno, cuando uno aprende a no reaccionar impulsivamente, cuando uno respira profundo y



entiende que si se desespera, el barco se hunde.

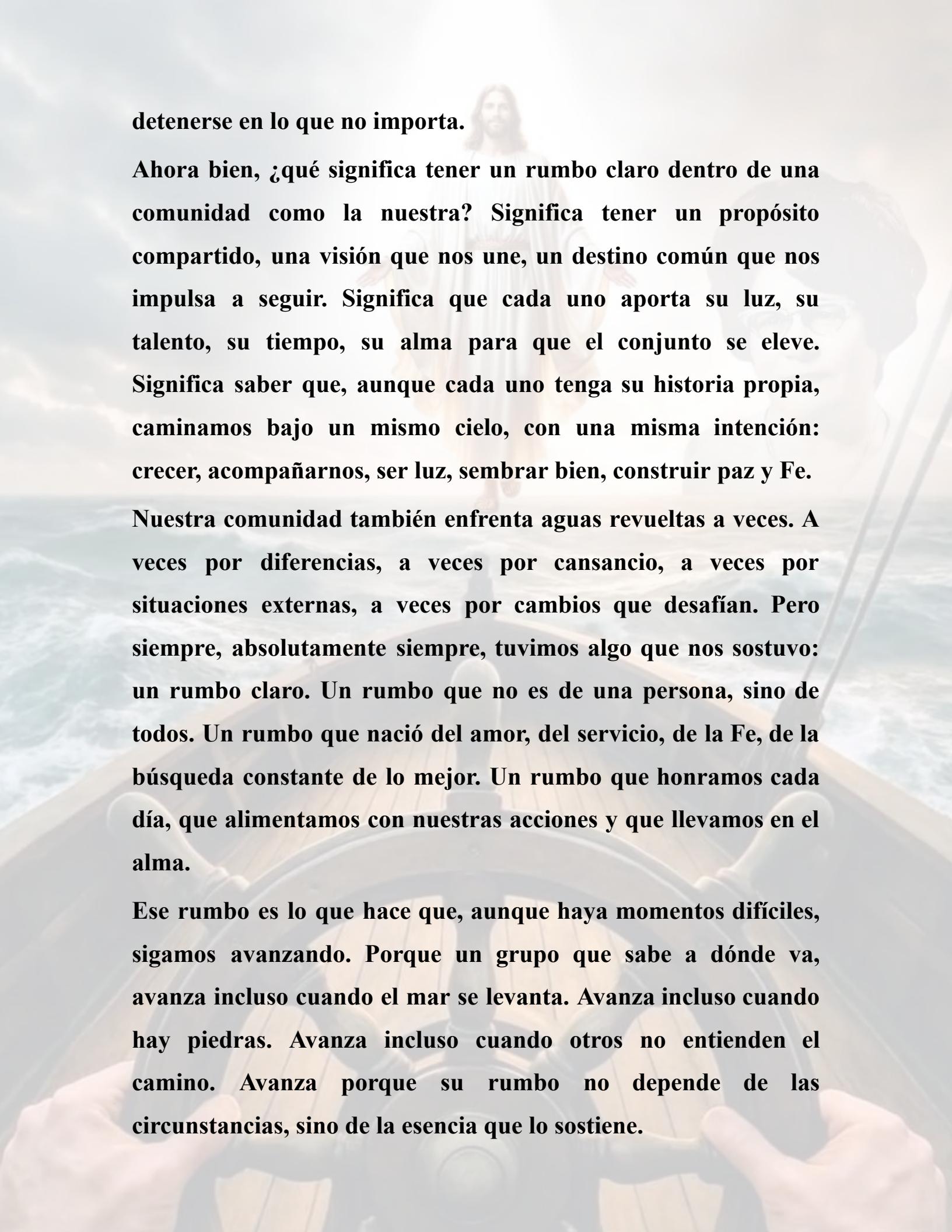
Y la Fe... la Fe es ese faro que nunca se apaga, ese punto fijo al que uno mira incluso en la noche más oscura. No es obligación, no es mandato impuesto, no es un gesto vacío; es una conexión viva, íntima, profunda. Es esa relación entre el alma y lo eterno, esa confianza en que hay una fuerza que nos acompaña, nos cuida y nos guía más allá de lo que entendemos.

Quien combina determinación, serenidad y Fe puede atravesar cualquier tormenta, porque sabe que ninguna agua revuelta tiene más poder que su propio rumbo.

Para muchos, el problema no es la tormenta: es no saber qué quieren, o no saber hacia dónde van. El que no tiene rumbo vive a la deriva. Va donde lo empuja el viento del comentario ajeno, donde lo arrastra la opinión de los demás, donde lo llevan los miedos o las inseguridades. Va de puerto en puerto sin detenerse en ninguno. Va con la ansiedad de quien busca afuera lo que solo se halla adentro.

Pero el que tiene rumbo... ese camina con otro espíritu. Ese no se pierde en discusiones inútiles. Ese no malgasta energía en convencer al que no quiere escuchar. Ese no se queda atrapado en rencores que no suman. Ese ya entendió que avanzar vale más que explicar. Que crecer vale más que justificar. Que la paz vale más que cualquier pleito sin sentido.

Porque cuando uno descubre hacia dónde quiere ir, deja de



detenerse en lo que no importa.

Ahora bien, ¿qué significa tener un rumbo claro dentro de una comunidad como la nuestra? Significa tener un propósito compartido, una visión que nos une, un destino común que nos impulsa a seguir. Significa que cada uno aporta su luz, su talento, su tiempo, su alma para que el conjunto se eleve. Significa saber que, aunque cada uno tenga su historia propia, caminamos bajo un mismo cielo, con una misma intención: crecer, acompañarnos, ser luz, sembrar bien, construir paz y Fe.

Nuestra comunidad también enfrenta aguas revueltas a veces. A veces por diferencias, a veces por cansancio, a veces por situaciones externas, a veces por cambios que desafían. Pero siempre, absolutamente siempre, tuvimos algo que nos sostuvo: un rumbo claro. Un rumbo que no es de una persona, sino de todos. Un rumbo que nació del amor, del servicio, de la Fe, de la búsqueda constante de lo mejor. Un rumbo que honramos cada día, que alimentamos con nuestras acciones y que llevamos en el alma.

Ese rumbo es lo que hace que, aunque haya momentos difíciles, sigamos avanzando. Porque un grupo que sabe a dónde va, avanza incluso cuando el mar se levanta. Avanza incluso cuando hay piedras. Avanza incluso cuando otros no entienden el camino. Avanza porque su rumbo no depende de las circunstancias, sino de la esencia que lo sostiene.

Pensemos en algo más: muchas veces las aguas revueltas son internas, no externas. A veces la tormenta está adentro, no afuera. Y ahí también es donde el rumbo claro juega un papel decisivo. Porque cuando uno tiene claridad interna, lo externo pierde fuerza. Cuando uno sabe quién es, lo que valora, lo que busca, lo que sueña y lo que quiere construir, nada externo puede derribarlo.

Ahí uno deja de pelear batallas que no valen la pena, deja de angustiarse por opiniones ajenas, deja de cargar mochilas que no son propias, deja de mirar hacia atrás buscando explicaciones que ya no suman. Cuando uno tiene el rumbo claro, deja de gastar energía en lo que no transforma.

Y empieza a enfocarse en lo que sí. En lo que eleva. En lo que ayuda. En lo que sana. En lo que inspira.

Permitanos compartir una imagen que nos puede ayudar: imaginen un río turbulento. El agua golpea contra las piedras, todo parece un caos. Pero debajo de la superficie, un pez que conoce la corriente avanza sin resistencia. ¿Por qué? Porque no lucha contra el agua, sino que se adapta, observa, siente, interpreta, sigue su dirección interna. Mientras la superficie es ruido, él sigue siendo movimiento.

Así somos nosotros cuando tenemos un rumbo claro. La superficie puede estar movida, la vida puede estar difícil, los días pueden ser pesados... pero nuestro espíritu sigue avanzando.

Nuestra Fe sigue firme. Nuestro propósito sigue intacto.

Las aguas revueltas prueban la fortaleza, pero nunca detienen a quien ya decidió hacia dónde va.

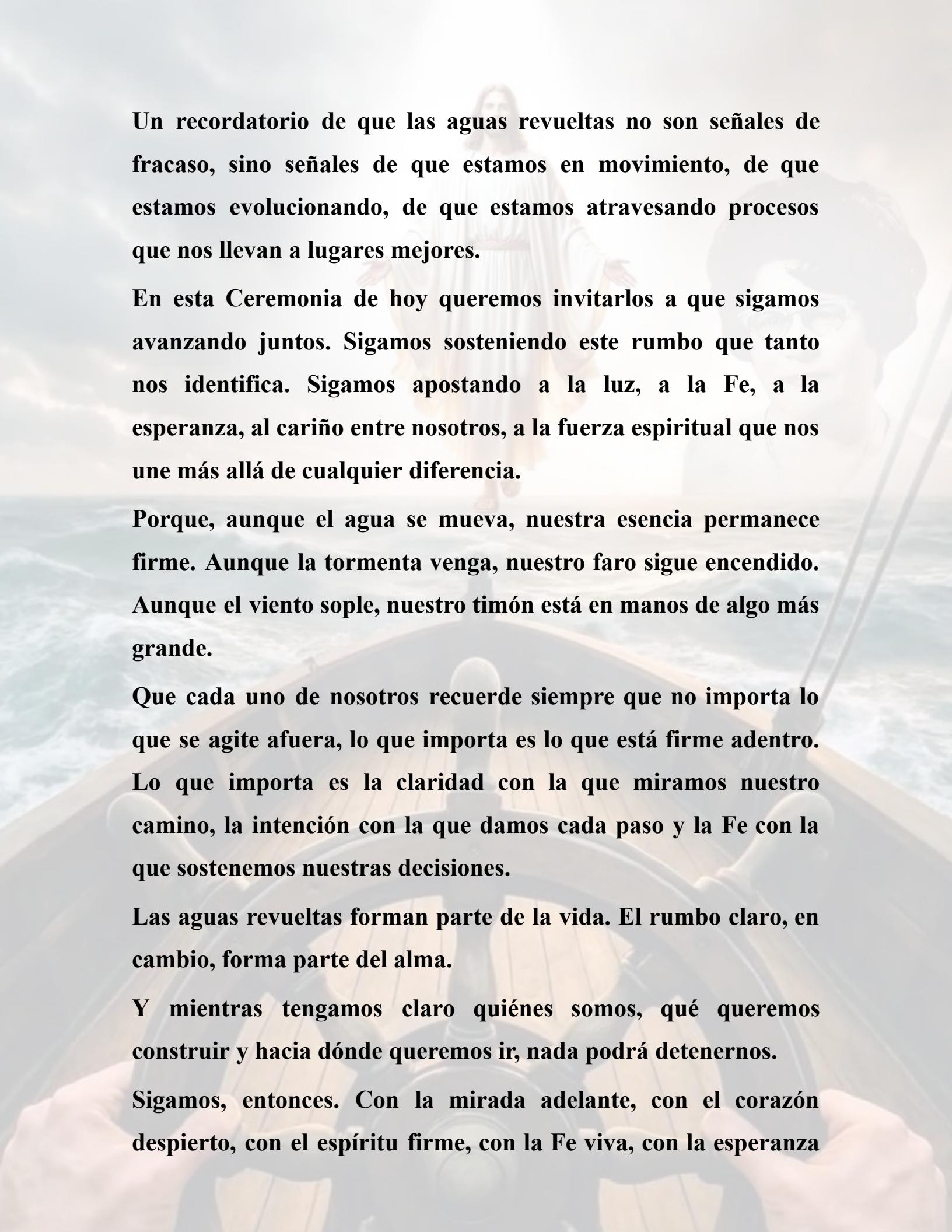
A lo largo de la historia, los que lograron grandes cosas, como nuestra Guía la Hermana Teresa, no fueron los que tuvieron mares calmos, sino los que se animaron a navegar en medio de la tormenta. Los que no esperaron a que todo fuera perfecto para empezar. Los que no necesitaron garantías para avanzar. Los que confiaron en la intuición, en la voz interna, en el soplo espiritual que los guiaba. Los que entendieron que la claridad del rumbo siempre vence al ruido de la tempestad.

Porque las aguas revueltas solo asustan a los que no saben qué buscan. Pero al que tiene un destino escrito en el alma... no hay viento que lo haga retroceder.

Nuestra comunidad es ejemplo de eso. Hemos atravesado momentos complejos, caminos difíciles, situaciones inesperadas... y sin embargo hoy seguimos acá, creciendo, creyendo, caminando, sosteniendo, confiando. Eso es rumbo. Y ese rumbo no lo da una persona, sino la unión de todos. La intención de todos. La Fe de todos. El alma de todos.

Ningún mar agitado puede contra un grupo que rema en la misma dirección.

Por eso, hermanos y hermanas, hoy este mensaje quiere ser un recordatorio, un abrazo y una invitación.



Un recordatorio de que las aguas revueltas no son señales de fracaso, sino señales de que estamos en movimiento, de que estamos evolucionando, de que estamos atravesando procesos que nos llevan a lugares mejores.

En esta Ceremonia de hoy queremos invitarlos a que sigamos avanzando juntos. Sigamos sosteniendo este rumbo que tanto nos identifica. Sigamos apostando a la luz, a la Fe, a la esperanza, al cariño entre nosotros, a la fuerza espiritual que nos une más allá de cualquier diferencia.

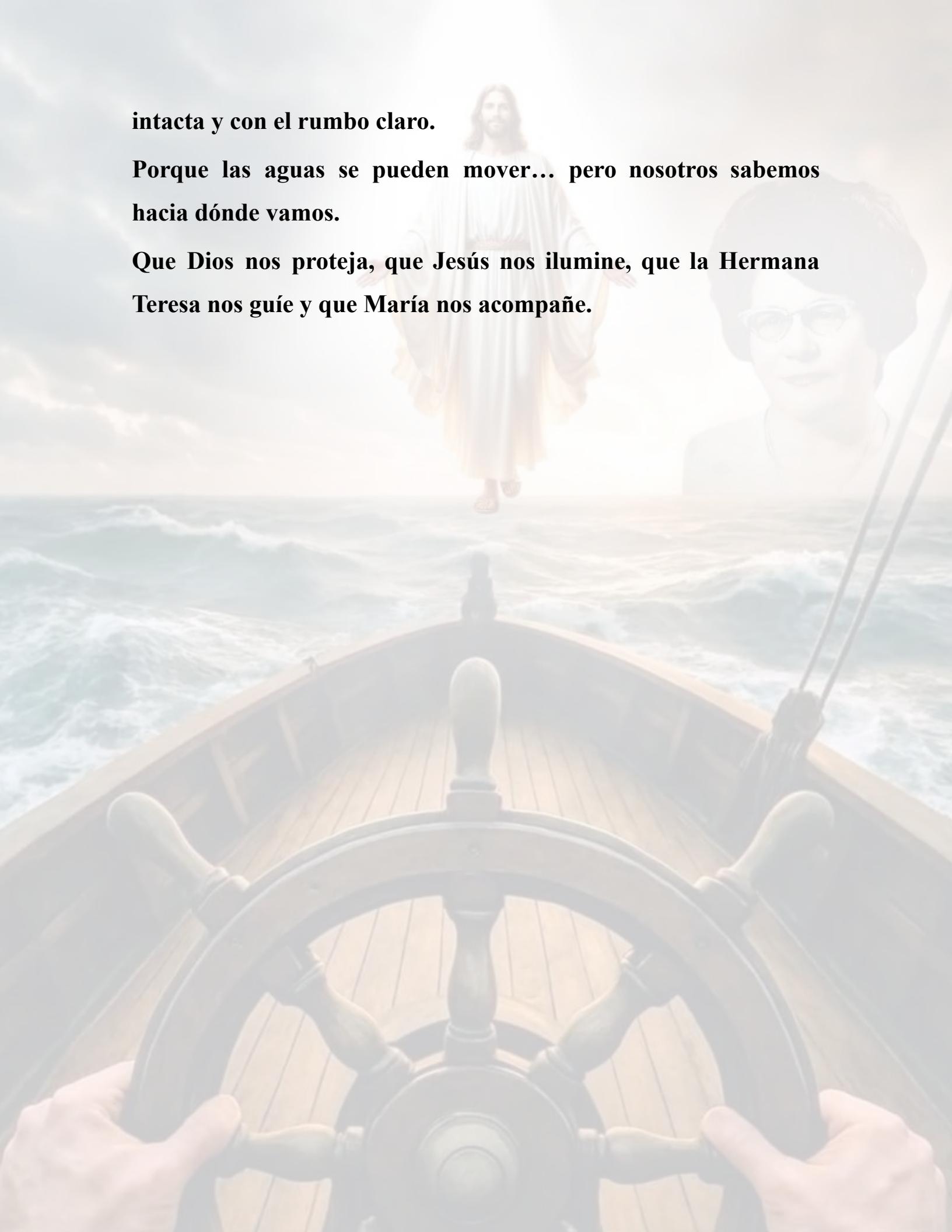
Porque, aunque el agua se mueva, nuestra esencia permanece firme. Aunque la tormenta venga, nuestro faro sigue encendido. Aunque el viento sople, nuestro timón está en manos de algo más grande.

Que cada uno de nosotros recuerde siempre que no importa lo que se agite afuera, lo que importa es lo que está firme adentro. Lo que importa es la claridad con la que miramos nuestro camino, la intención con la que damos cada paso y la Fe con la que sostenemos nuestras decisiones.

Las aguas revueltas forman parte de la vida. El rumbo claro, en cambio, forma parte del alma.

Y mientras tengamos claro quiénes somos, qué queremos construir y hacia dónde queremos ir, nada podrá detenernos.

Sigamos, entonces. Con la mirada adelante, con el corazón despierto, con el espíritu firme, con la Fe viva, con la esperanza



intacta y con el rumbo claro.

**Porque las aguas se pueden mover... pero nosotros sabemos
hacia dónde vamos.**

**Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana
Teresa nos guíe y que María nos acompañe.**